

al cristianismo, de quien es hijo legítimo: «Todas esas ideas depuradas acerca de Dios y su providencia, esos principios de humanidad, de justicia universal, que el siglo XVIII ha aplicado tan gloriosamente á la sociedad moderna, ¿de quién los habia heredado? Del cristianismo. Es positivo que la religion natural, tal como los filósofos la han concebido, la religion natural, en nombre de la cual han combatido al cristianismo, es un producto del cristianismo» (1).

### III.

Las dos apreciaciones que acabamos de resumir se contradicen totalmente, por más que ambas emanen de defensores de la Iglesia ó de partidarios del cristianismo. Segun los unos, los filósofos del último siglo son la raza de Satanás, conjurada, no solamente contra el Evangelio, sino contra toda religion y contra toda moral. Segun los otros, los libres pensadores son los discípulos de Cristo de quien se mofan; son á lo más culpables de ignorancia ó de ingratitud; pero la Iglesia es más culpable que ellos, puesto que ha sido necesaria la filosofía para sacar de la doctrina cristiana las consecuencias sociales y políticas que la Iglesia se negaba á admitir. ¿Cómo ha de ser el siglo XVIII á la vez enemigo mortal del cristianismo é hijo del cristianismo? ¿Cómo ha de ser la filosofía cómplice de la revolucion, y se la ha de alabar á la vez por haber enseñado las máximas cristianas de libertad, de igualdad, de fraternidad, que la revolucion no hizo más que aplicar? Y ¿qué es del cristianismo mismo en estas contradicciones? ¿Debemos ver en el Evangelio el principio y el origen de la renovacion social inaugurada por la revolucion, ó hay una antinomia radical entre el cristianismo y la filosofía?

Estos juicios contradictorios emitidos acerca del siglo XVIII emanan todos de escritores católicos. Una cosa resulta evidente, y es que el catolicismo de los que arrastran por el fango al siglo XVIII

(1) SAISSET, *El Cristianismo y la Filosofía* (Revista de Ambos Mundos, 1845, t. I).

difiere completamente del catolicismo de los que rehabilitan, y legitiman por consiguiente, á este mismo siglo en nombre de los principios cristianos. Madame Swetchine y M. Veuillot pueden doblar la rodilla ante los mismos altares, pero es imposible que adoren al mismo Cristo; porque lo que la una celebra como obra del espíritu divino, el otro lo maldice como inspiracion de Satanás. ¿Cómo han de ser un solo y mismo imperio el reino de la Luz y el reino de las Tinieblas? Esta oposicion en el seno de una Iglesia que se llama una por excelencia, es notable. Es la lucha entre el cristianismo tradicional y un cristianismo nuevo; el primero rechaza los principios de 1789; el segundo los acepta y los atribuye á Cristo. Falta saber cuál de las dos tendencias triunfará. Hasta hoy es indudable que el cristianismo hostil á las ideas modernas es el que domina á la Iglesia oficial; en nuestra opinion éste es el verdadero catolicismo. La escuela de los neocatólicos no es más que una tentativa impotente de conciliar lo que es inconciliable, una religion del otro mundo con las necesidades de una sociedad de este mundo, una religion inmutable con las aspiraciones de una sociedad progresiva. La cuestion es del mayor interes y volveremos á insistir en ella en nuestros estudios sobre la revolucion; por ahora no la consideraremos más que en sus relaciones con la apreciacion del siglo XVIII.

El ódio de los católicos ultramontanos hácia el siglo XVIII es digno de la ceguedad é ignorancia con que proceden en el estudio de la historia. ¿No parece, segun ellos, que Voltaire ha inventado la incredulidad, y que sin Rousseau no hubiese habido revolucion? Hay un medio muy sencillo de responder á sus apasionados ataques contra la filosofía y es restablecer los hechos. El siglo XVIII procede del siglo XVII; éste es el producto de la reforma y del renacimiento, y la revolucion literaria y religiosa que abre la época moderna, no es tampoco más que la continuacion de los trabajos de la Edad Media. ¿Cuándo ha nacido la incredulidad filosófica? El mismo dia en que nació la filosofía. El primer hombre que pensó libremente fué tambien enemigo de la revelacion cristiana, porque el libre pensamiento y la revelacion milagrosa son inconciliables. Esto quiere decir que la filosofía es incrédula por esencia, porque no puede creer en lo sobrenatural. Luégo cuanto más

domine en una religion el elemento milagroso, más induce á la incredulidad. En este sentido puede decirse, sin incurrir en paradoja, que el catolicismo engendra la incredulidad. Lutero lo ha hecho ya observar. Predijo, al morir, la invasion del ateismo, é hizo responsable al pontificado. Su prediccion no tardó en realizarse. Desde el siglo XVII la incredulidad invadia la cristiandad. ¿Cuál es la causa? pregunta un predicador célebre de Inglaterra. Consiste en que el catolicismo, queriendo obligar á los hombres á creer absurdos monstruosos, los inclina á no creer nada absolutamente (1). Si á esto se agrega la oposicion inevitable entre una religion que predica un espiritualismo imposible y las necesidades de la vida real, se tendrá la explicacion de la incredulidad popular que acompaña á la incredulidad filosófica desde la Edad Media, y que de siglo en siglo va creciendo. Como los ánimos estaban ávidos de incredulidad, Voltaire llegó á ser el rey de los incrédulos, y la edad en que vivió se llama el siglo de Voltaire. Si las almas hubieran tenido fe, la voz del gran crítico no hubiera encontrado eco, mejor dicho, no hubiera habido Voltaire.

Lo que decimos del movimiento anticristiano del siglo XVIII es cierto tambien de sus tendencias políticas y sociales. Rousseau no ha hecho la revolucion, como Voltaire no ha hecho la incredulidad. Si hay algun culpable en las revoluciones, no son los que las llevan á cabo, sino los que las hacen necesarias. ¿Necesitarémos preguntar si fué la filosofía la que fundó el despotismo de los reyes de Francia? ¿Fué Rousseau quien firmó la revocacion del edicto de Nantes? ¿Fué Rousseau quien aplaudió las guerras ruinosas de Luis XIV y las guerras igualmente funestas y más inexcusables de Luis XV? ¿Fué Rousseau quien opuso una resistencia tan obstinada como desprovista de inteligencia á todas las reformas que hubieran podido conjurar una revolucion violenta, llevando á cabo una revolucion legal? Los abusos y los excesos del poder real, de la aristocracia y de la Iglesia, fueron los que hicieron necesaria la revolucion. ¿Qué tiene que ver la filosofía con estos excesos y estos abusos? Los filósofos hicieron el papel del médico, señalaron el mal, propusieron los remedios. Un discípulo

(1) SPIZEL, *De Eradicando Atheismo*, p. 33 — TILLOTSON, *Sermon LXIV*.

de la filosofía puso manos á la obra; si Turgot fracasó, ¿es culpa de Rousseau, ó es culpa de los privilegiados que corrian á su pérdida con la ceguedad que caracteriza á todos aquellos que están destinados á perecer? Los defensores de la Iglesia participan de la falta de inteligencia que precipitó la ruina del antiguo régimen. Aprovechen la leccion, si es tiempo todavía. Tambien ellos favorecen la destruccion del cristianismo. La bula del papa que ha promulgado una supersticion nueva en pleno siglo XIX, ha hecho más incrédulos que Voltaire. La insaciable ambicion de una Iglesia que quisiera resucitar la Edad Media, despues de siglos de reforma y de filosofía, aleja diariamente del cristianismo á los hombres que no admiten la dominacion clerical; lo cual no impide que el clero haga esfuerzos inauditos para recobrar un imperio que ha perdido para siempre. ¿No es esto sembrar á manos llenas los gérmenes de la revolucion?

Los hombres que, perseverando en las antiguas creencias, procuran conciliarlas con las irresistibles tendencias de la humanidad moderna, conocen que se pierde la religion poniéndola en oposicion con las necesidades que la religion debe satisfacer, si no quiere perecer. Pero ¿no piden un imposible pidiendo que el cristianismo tradicional acepte el siglo XVIII y la revolucion? Así lo creemos, ó mejor dicho, así lo tememos, porque nada deseáramos más que la conciliacion del cristianismo y la libertad, si fuera posible. Lo que nos hace temer que no lo sea, es que, para rehabilitar al siglo XVIII y á la revolucion, los neocatólicos se ven obligados á alterar la historia y á desnaturalizar á un tiempo el cristianismo y la filosofía. Es preciso ser muy ciego para considerar el siglo de Voltaire como una evolucion del cristianismo. Esto es desconocer por completo los hechos más positivos. Acabamos de recordar que la incredulidad del siglo XVIII fué la consecuencia y como el último término del movimiento que arranca desde la Edad Media. ¿Cómo ha de ser una emanacion del cristianismo la incredulidad, que le es hostil, y que tiene su principio en la oposicion contra el elemento milagroso y contra el espiritualismo excesivo del cristianismo? Para encubrir lo absurdo de esta apreciacion, los neocatólicos presentan la incredulidad de los filósofos como producida por una mala inteligencia; atacaban, dicen, al cristia-

nismo, porque la Iglesia no daba satisfacción á sus aspiraciones de libertad política, de igualdad civil, de fraternidad social; no veían que no hacían más que aplicar á la sociedad las máximas que el cristianismo venía aplicando hacía siglos al individuo. Esta manera de explicar la incredulidad filosófica es una ilusión respecto de la filosofía y respecto del cristianismo. No, la filosofía no se limitaba á reivindicar las consecuencias sociales del cristianismo; dirigía más altos sus tiros: atacaba al cristianismo tradicional en su esencia, negando lo sobrenatural y lo milagroso. Ante todo, reivindicaba la libertad de pensar; las reformas sociales venían en segundo término. No había, pues, mala inteligencia en la guerra que los filósofos hacían á la religión; sabían perfectamente lo que querían, y han conseguido el objeto que se proponían. La creencia en lo sobrenatural se disipa, como se disipan las imaginaciones de la infancia cuando el niño llega á ser hombre.

Los neocatólicos lo conocen, y precisamente por atraer á la humanidad á los altares que ha abandonado es por lo que procuran reivindicar para el cristianismo las doctrinas políticas y sociales que dominan en los pueblos modernos. Esta es una nueva ilusión, cuando no es un cálculo. Hay una prueba innegable de esto. El cristianismo no es una religión de este mundo, es una religión del otro mundo; para negarlo, es preciso rechazar los monumentos de los siglos primitivos, que dicen unánimes que el cristiano es extranjero en este mundo, que su patria está en el cielo, y que, por consiguiente, las patrias terrestres deben serle indiferentes. Por esto Jesucristo no tiene una palabra de condenación para la esclavitud, ese gran crimen que infectaba el mundo antiguo, y sus apóstoles, lejos de reprobárselo, lo legitiman y le dan, por decirlo así, la consagración de la religión. El cristianismo es, pues, por esencia una religión individual, en el sentido de que no se ocupa más que del individuo, y de éste se ocupa no como ciudadano, sino como hombre; quiere procurar su salvación, emanciparlo del pecado, hacerle entrar en la comunión de los santos: éstas son la única libertad, la única igualdad y la única fraternidad que interesan á los discípulos de Cristo. En cuanto al mundo político, lo abandonan al César. Se conforman con cualquier régimen, con el despotismo abyecto de Bizancio, lo mismo que con la salvaje in-

dependencia de los pueblos bárbaros. Si se considera el cristianismo tradicional tal como lo ha formulado la Iglesia romana, debe decirse más: prefiere el despotismo de los reyes á la libertad popular. ¿Habrá que recordar á los neocatólicos que en el siglo XVIII la Iglesia hizo causa común con el poder real contra la libertad?

Aun bajo el punto de vista de un cristianismo menos inmutable que el de Roma, no es exacto decir que la humanidad del siglo XVIII no es más que una imitación de la caridad cristiana. Cuando Cristo decía que la caridad contiene toda la ley, no pensaba ciertamente en la reforma de una sociedad cuyo fin próximo precedía. ¿Comprendía al menos entre los prójimos al infiel y al no creyente? Lo ignoramos. Lo positivo es que el dogma de la revelación encierra la caridad cristiana en límites muy reducidos, mejor dicho, la vicia profundamente; esto es tan cierto que la caridad, que debía unir á los hombres en una sociedad de hermanos, los divide en sociedades enemigas, y la división es irremediable, puesto que subsistirá mientras el cristianismo no haya llegado á ser la religión universal. Hay más; aun en el seno de la sociedad cristiana el odio reemplaza al amor, en cuanto se suscita la menor disidencia en punto al dogma. La caridad se perturba hasta el punto de que se predica la persecución en nombre de una ley de amor. La humanidad del siglo XVIII es un sentimiento mucho más comprensivo. Un gran poeta ha dicho que Rousseau transformó los creyentes en hombres (1). La gloria de esta revolución debe atribuirse al siglo XVIII. No es ya el cristiano que ama al cristiano; es el hombre que ama al hombre. Este cambio es fundamental. No es un robo hecho por los filósofos al cristianismo; es un sentimiento nuevo, destinado á transformar todas las relaciones humanas. Lo que decimos de la caridad, debemos decirlo también de la igualdad. La igualdad cristiana es un dogma místico, que se refiere al otro mundo y no á éste. Esta igualdad no impidió que la Iglesia fuese propietaria de esclavos y de siervos; no le impidió defender un estado social fundado en el privilegio contra

(1) SCHILLER, t. VI, p. 129 (Edic. de Carlsruhe).

los filósofos que querian hacer de la igualdad una verdad. No hablamos de la libertad: el cristianismo no ha comprendido nunca ni la libertad civil ni la libertad política: si los pueblos modernos son libres, no lo deben al Evangelio, sino á la sangre germánica que corre por sus venas.

Ni áun se puede decir que la fórmula de la revolucion, libertad, igualdad, fraternidad, es una trasformacion de las creencias cristianas, á ménos de añadir que fué necesaria la filosofía para realizarla. El cristianismo, abandonado á sí mismo, no la hubiera hecho nunca, ni áun hubiera pensado en ella. Respecto del cristianismo católico, apénas es necesaria la demostracion. ¿No dice que se halla en posesion de la verdad absoluta, y que, por consiguiente, es inmutable? Si admite una evolucion en el dogma, ha de ser dentro de límites muy reducidos. Todo lo nuevo es sospechoso para él: ¿qué digo? Por el mero hecho de ser nueva una idea, la rechaza como una herejía. Una doctrina inmutable es incompatible con la idea de trasformacion, de progreso; está condenada á moverse eternamente en el mismo círculo, círculo vicioso como pocos. Porque la vida es progresiva, el movimiento y la novedad son de su esencia. Una religion que quiere guiar á la humanidad, debe inspirarse en el progreso, si no, está condenada á perecer. Pero ¿cómo ha de llamarse perfectible el cristianismo que se cree perfecto? Si los reformados han acabado por enarbolar la bandera de la perfectibilidad, ésta es la prueba más convincente de que han abandonado el cristianismo histórico. En cuanto á los que siguen adictos á la antigua tradicion, su apuro es grande. Los más resueltos niegan el progreso, y lo rechazan como una invencion de la filosofía, de la peor de las filosofías, del panteísmo. Pero por más que nieguen el movimiento, ellos mismos obedecen forzosamente á una ley que rige todas las cosas humanas. De aquí las tentativas que tienen lugar en el seno de la Iglesia inmutable, para acomodar los antiguos dogmas con las necesidades de la humanidad moderna; no se los modifica, porque esto sería una herejía; se los interpreta de manera que se les hace decir lo contrario de lo que han significado siempre. Pero como tambien se necesita mantener la inmutabilidad de la tradicion, hay necesidad de alterar la historia, lo cual no puede hacerse más que tergiver-

sando y disimulando, para no ser sorprendido en flagrante delito de falsificacion.

Compadecemos á los hombres condenados á tan estéril tarea. Hagan lo que hagan, no conseguirán conciliar lo que es inconciliable. Los pueblos modernos necesitan una creencia que acepte francamente los principios nuevos predicados por la filosofía é inaugurados por la revolucion. En vano pensadores distinguidos, filósofos y cristianos á la vez, han tratado de demostrar que la revolucion se deriva de la tradicion cristiana. Es preciso violentar los hechos para dar este sentido al gran movimiento de 1789. Acabamos de decir que la fórmula política de la revolucion no tiene nada que ver con el Evangelio. La revolucion tiene tambien su aspecto religioso; ha tratado de reemplazar el culto antiguo con un culto nuevo. ¿De dónde procedia el culto del Sér Supremo? Del siglo XVIII, y principalmente de Rousseau. Rousseau se llamaba cristiano, pero á aquel cristiano no lo querian ni en Roma ni en Ginebra; es el apóstol de una nueva religion llamada religion natural. ¿Se dirá que esto es un robo hecho al cristianismo, ó un plagio? No, porque la revolucion rompe definitivamente con la religion de lo pasado; la destruye como obra de ignorancia y de supersticion.

La revolucion, lo mismo que el siglo XVIII, ha acertado mejor en su obra de destruccion que en el ensayo de reconstruccion de un nuevo edificio político, social y religioso. Detras de estas tentativas frustradas ha venido la reaccion católica. Los partidarios de lo pasado se engrien con los desgraciados ensayos de la revolucion; ven en esto una prueba de la impotencia de los filósofos, y celebran el regreso á la fe antigua como un testimonio viviente de la divinidad del cristianismo. En otro lugar insistiremos sobre estas candentes cuestiones. Si no fué dado á la filosofía fundar una nueva religion, es porque no era ésta su mision. Los filósofos preparan las revoluciones religiosas, destruyendo lo que hay de supersticioso en las antiguas creencias, dando ideas más exactas acerca del hombre y su destino; pero para que estas ideas se conviertan en una religion, son necesarios un nuevo trabajo y otros trabajadores. Este tiempo llegará y, cuando haya sonado su hora, no faltarán hombres. Mientras se elevan nuevos templos, conce-

bimos que la humanidad busque un abrigo en los antiguos edificios levantados por la fe, y que todavía le ofrecen un refugio. La reaccion católica no representa otra cosa. No hay por qué cantar victoria.

## § II.—El siglo XVII y el siglo XVIII

### I.

Que en un tiempo de reaccion católica se maldiga al siglo XVIII, nada más natural: ¡ha dado tan rudos golpes á la religion del pasado! Todavía se resiente de ellos, á pesar de considerarse triunfante. Segun los reaccionarios, aquel siglo famoso es un hijo sin padre, al ménos en el sentido de que hay oposicion completa entre las tendencias del siglo XVII y las del XVIII. Tanto como denigran y rebajan el siglo que ha dado de sí la revolucion, otro tanto celebran y ensalzan el siglo de Luis XIV. A primera vista, en efecto, podria creerse que hay entre estos dos siglos consecutivos diferencias radicales. El siglo XVII es esencialmente cristiano; en su primera mitad se vió ensangrentado por la lucha suprema del protestantismo y del catolicismo; y, aún cuando en la paz de Westfalia la religion abdicó toda influencia política, siguió dominando en los ánimos; al final del siglo tuvo lugar la revocacion del edicto de Nantes, y, preciso es confesarlo, la Francia entera aplaudió aquella odiosa persecucion. Pasan algunos años, comienza otro siglo; anticristiano por esencia, tiene por rey á Voltaire, y por consigna, y en cierto modo por religion, la tolerancia.

Las tendencias políticas de ambos siglos son tan diversas como el espíritu religioso que los anima. El siglo XVII es conservador, se agrupa al rededor del poder real, que juntamente con el catolicismo recibe la adoracion de los pueblos: el uno aparece tan estable y tan eterno como el otro. En el siglo XVIII subsiste la alianza del trono y del altar, pero es para verse arruinados al mismo tiempo; al final del siglo que vió morir á Luis XIV la revolucion clasifica al buen Dios entre los *ex*, y proclama que la historia de los reyes es el martirologio de las naciones. La literatura es la expre-

sion del estado social: se comprende, pues, que tenga un carácter completamente diferente en dos siglos tan opuestos. En el siglo XVII es religiosa, monárquica; en el siglo XVIII es incrédula, revolucionaria. El siglo XVII cultiva las letras para agradar á los felices de este mundo; el siglo XVIII se ocupa de las miserias del pueblo; se llama filosófico, todo el mundo filosofa, en efecto, y es una filosofía que quiere destruirlo todo para renovar todo, religion, política, sociedad.

Estas diferencias que separan á dos siglos inmediatos han sido notadas mil veces, pero se las ha exagerado. Los católicos, sobre todo, alteran notablemente la realidad de las cosas. Quisieran aislar al siglo XVIII, como si temieran darle mayor autoridad reconociendo que el movimiento antireligioso que le distingue tiene profundas raíces en lo pasado. Pero basta la reflexion más sencilla para convencerse de que el abismo que se quiere abrir entre dos siglos consecutivos es una quimera. Los hechos materiales protestan contra una concepcion histórica que, para favorecer al catolicismo, destruye el vínculo que une las generaciones sucesivas. La humanidad es como un solo hombre que se va desarrollando en las edades sucesivas. No hay solucion de continuidad entre los diversos siglos; es el mismo hombre que vive, pero que se modifica incessantemente, y la modificacion que se realiza hoy tiene sus raíces en gérmenes que han crecido lentamente, hasta que han adquirido bastante fuerza para romper la dura corteza de la tierra y salir á luz. ¿Habrà sido el siglo XVIII una excepcion de una ley que no las admite, puesto que rige necesariamente todo lo que tiene vida? Luis XIV muere y el regente lo reemplaza. ¿Habrà bastado este instante para transformar la Francia? ¿Qué varita mágica habia de haber realizado tal milagro? ¿Habrà sido creyente la Francia con su gran rey, pero habrà muerto con él su fe, y se habrà encontrado incrédula de repente? Sucede con este milagro lo que con todos aquellos en que se apoya el cristianismo tradicional: es el más imposible de los imposibles. Precisamente porque el siglo XVIII ha sido una edad anticristiana, una época de demolicion y de renovacion, puede afirmarse desde luégo que este inmenso movimiento no ha tenido lugar en el instante que ha separado la muerte de Luis XIV del advenimiento de Felipe de Orleans. La incredu-